

¿No es el resultado de la igualdad de ideas, quien forma ese sagrado vínculo que une dos almas hasta identificarlas? ¿Por qué, pues, he de temer que extrañe usted mi obsequio y no lo acepte, cuando usted en mi lugar obraría de la misma manera conmigo, y traduciría por desaire la no admisión de su obsequio? No; yo espero de su benevolencia y del aprecio que se ha dignado dispensarme, que no rehusará mi presente, como no lo rehusaría yo de su mano, en igualdad de circunstancias, y que cada mes se dignará darme una nueva prueba de distinguida y particular deferencia, admitiendo igual obsequio.

»Adiós, bondadosa Elisa; dé usted mil y mil besos de mi parte a Julita y Teresita; a esas bellas criaturas que amo con todas las veras de mi alma, y usted reciba las protestas más firmes de aprecio de su leal y verdadera amiga.—Clotilde.»

Las pobres criaturas, al escuchar las cariñosas palabras referentes a ellas, y al ver que había una persona que se interesaba por su suerte, sintieron una emoción tierna y profunda, que hizo asomar a sus ojos el llanto del agradecimiento.

Elisa vió en aquellas lágrimas la pureza y sensibilidad de sus almas, y las estrechó contra su corazón, uniendo a su llanto el que ella vertía de placer.

Aquella era una escena muda, pero interesante, en que el sentimiento del corazón embargaba a la lengua el uso de la palabra.

—¡Bendigamos a Dios, hijas mías, porque ha conducido bajo nuestro pobre techo al ángel de la amistad y de la benevolencia!—dijo Elisa, inundada de una superabundancia de felicidad, que excede a lo imaginable.

—Sí, bendigámosle—contestaron las niñas, poniéndose de rodillas.

En aquel momento se oyó el ruido de la puerta que daba al corredor, que se abría.

Poco después se escucharon los pasos de un hombre.

—Alguien ha entrado—exclamó Elisa, disponiéndose a salir.

Las niñas interrumpieron su oración.

Los pasos se dejaron oír más cerca.

Las tres dirigieron entonces la vista hacia donde aquellos se escuchaban, y a poco vieron aparecer al doctor Wiley.

CAPITULO XV

Una visita inesperada

Nada ha cambiado en el estudio de Leopoldo. Los excelentes cuadros, el caballete con el retrato sin concluir de la hermosa Clotilde, los bocetos repartidos sin orden por la pieza, todo permanece en el mismo estado en que lo dejamos el día en que fué a visitarle la encantadora joven que le amaba, es decir, hace veinticuatro horas.

Los objetos permanecían en el mismo orden, pero no el pintor. El joven artista, el émulo de Rafael, en vez de estar enfrente del caballete con la paleta y los pinceles en la mano izquierda y apoyando la derecha en la tiente, permanece retirado del lienzo, sentado junto a una mesa, puesto el codo sobre ésta y descansando la cabeza en la mano, en ademán melancólico y reflexivo; sus ojos los tiene fijos en un hermoso anillo que ostenta en uno de los dedos de la otra mano, y sus labios se miran entreabiertos, como permitiendo pasar algunas palabras dictadas en silencio por el corazón.

Encima de una caja de pinturas, colocada en uno de los ángulos de la mesa, se ve una tarjeta doblada por las tres puntas, conteniendo el nombre de Duval, y esparcidos en confuso orden, lapiceros, pinceles, dibujos, papeles, lienzos y colores.

En aquel momento se movieron ligeramente las cortinas que velaban una puerta que comunicaba con las piezas interiores; una mano arrugada pero blanca, apareció, separándose suavemente, y a poco se dejó ver una anciana de venerable aspecto, que se detuvo contemplando con cariñoso interés al pensativo artista.

Así transcurrieron algunos instantes, hasta que la anciana, viendo que el joven pintor continuaba absorto en sus meditaciones, se acercó, diciéndole con cariñoso acento:

—¿No vienes a almorzar, hijo mío?

Leopoldo dejó la actitud melancólica, y alzando la cabeza con abatimiento, contestó:

—No tengo aún apetito, madre mía.

—¿Estás malo?

—No; no tengo nada—dijo el joven, haciendo un esfuerzo para sonreirse—. ¿Por qué me hace usted esa pregunta?

—Porque toda la noche te escuché desde mi cuarto, suspirar y pasearte en el tuyo; porque al darme el beso filial esta mañana, estabas pálido y triste, y porque ahora te encuentro meditabundo y abatido, dejando tus pinceles y tu paleta, que han formado siempre el encanto de tu vida.

—Sí, es verdad; fueron mi encanto, madre mía, mientras me alentó la esperanza; mientras creí en el porvenir, mientras creí que el talento, al par que las puertas de la gloria, me abriese las de la estimación del hombre que tiene bajo su custodia al sér que ha cautivado mi existencia. Sí, madre mía; mientras creí en todo eso, mi imaginación sorprendía los secretos más bellos de la naturaleza; mi corazón latía con entusiasmo y mis pinceles animaban el lienzo; pero desde que ha caído de mis ojos la venda que los cubría; cuando deshecha la ilusión que me inspiraba, he visto en toda su realidad las miserias y preocupaciones de los hombres; cuando he conocido que los mejores cuadros del mundo no serían recomendación bastante para alcanzar lo único que anhelo en la tierra: la mano de la mujer que adoro, mi imaginación ha perdido el vigor y la fuerza creadora de que se sentía animada, mi corazón ha desfallecido bajo el frío del desengaño, y mis manos, heladas y sin fuerzas, no han podido sostener los pinceles. Al artista le son precisos la esperanza y el amor, como a las plantas los rayos vivificantes del sol, como al corazón la fe, como al cuerpo el aliento de la vida. El amor y la esperanza despiertan la inspiración, inflaman el entendimiento y dan a las obras de los artistas y de los poetas esa fuerza de colorido que sorprende, esas tintas delicadas que cautivan, esos toques precisos que revelan el genio, ese dulce sentimiento que conmueve. Un artista sin esperanza y sin amor, es una flor sin brillo y sin aroma; una fuente a quien han privado del agua fecundante y bullidora; un ave a quien han cortado las alas...

Y Leopoldo quedó abatido, como si aquellas palabras hubieran renovado su sentimiento.

—Pero a ti te aman, hijo mío; Clotilde, lejos de faltar a las dulces promesas de su amor, te ha dado irrecusables y nuevas pruebas de su acendrado cariño. En tu dedo estoy viendo brillar el reciente juramento de ser tuya hasta la muerte. ¿No me dijiste ayer, al recibir de su mano ese regalo, que en esa sortija en que están graciosamente mezclados el rubí, el diamante, la turquesa, la esmeralda y el co-

ral, te dice que te adora, que se unirá a ti, y que será fiel esposa?

—Sí, madre mía, sí—exclamó el joven, llevando el anillo al corazón.

—¿No vino a verte cuidadosa de tu salud, temiendo que en los dos meses que habías estado sin verla por obsequiar el deseo de su protector te hubieses visto atacado del terrible tifo que diezma la población?

—¡Es verdad!

—Entonces, ¿a qué ese dolor que te mata y me entristece?... ¿A qué esa profunda melancolía que nubla tu semblante y que desgarrá mi amante corazón?... ¿No eres dueño tú solo de su amor?

—Sí, es cierto; soy dueño de su amor.

—¿Qué falta, pues, a tu tranquilidad?...

—¡La esperanza!—exclamó Leopoldo con profunda amargura.

—¿La esperanza?

—Sí, madre mía... ¡La esperanza!... ¿Qué es el amor sin esperanza?... El tormento del desgraciado náufrago que lucha en la orilla contra las escarpadas rocas que le impiden llegar al puerto que tiene a la vista, y que le brinda una felicidad sin término; la horrible pena de Tántalo, condenado a los tormentos de la sed con el agua tocando los labios...

—Tal vez no sea el mal tan irremediable como te lo figuras.

—¿No le he dicho a usted, madre mía, que está dispuesto su casamiento con Duval para dentro de pocos meses?

—Sí, me dijiste que ella misma vino a comunicarte esa noticia, pero al mismo tiempo te aseguró que no se verificaría ese matrimonio.

—No, no se verificará—exclamó el joven con solemne acento, dejando su actitud melancólica, y levantándose de la silla con ademán resuelto—; yo me opondré con toda la energía de mi alma a esa unión que destruiría los más bellos ensueños de mi vida... ¡Duval!...—añadió, dirigiendo la vista sobre la tarjeta de desafío que estaba sobre la mesa—, tú pretendes quitarme el único tesoro que Dios me destinaba sobre la tierra; pero yo te quitaré antes la...

Y se detuvo por no alarmar con sus palabras el sensible pecho de la amorosa anciana que le escuchaba.

—Cálmate, hijo mío; el abatimiento de antes, lo mismo que el furor de ahora, es un defecto; el hombre debe revestirse de la energía necesaria para no dejarse vencer por el dolor, ni dejarse dominar por la ira. ¿Por qué desconfías?

—No; no tengo nada—dijo el joven, haciendo un esfuerzo para sonreírse—. ¿Por qué me hace usted esa pregunta?

—Porque toda la noche te escuché desde mi cuarto, suspirar y pasearte en el tuyo; porque al darme el beso filial esta mañana, estabas pálido y triste, y porque ahora te encuentro meditabundo y abatido, dejando tus pinceles y tu paleta, que han formado siempre el encanto de tu vida.

—Sí, es verdad; fueron mi encanto, madre mía, mientras me alentó la esperanza; mientras creí en el porvenir, mientras creí que el talento, al par que las puertas de la gloria, me abriese las de la estimación del hombre que tiene bajo su custodia al sér que ha cautivado mi existencia. Sí, madre mía; mientras creí en todo eso, mi imaginación sorprendía los secretos más bellos de la naturaleza; mi corazón latía con entusiasmo y mis pinceles animaban el lienzo; pero desde que ha caído de mis ojos la venda que los cubría; cuando deshecha la ilusión que me inspiraba, he visto en toda su realidad las miserias y preocupaciones de los hombres; cuando he conocido que los mejores cuadros del mundo no serían recomendación bastante para alcanzar lo único que anhelo en la tierra: la mano de la mujer que adoro, mi imaginación ha perdido el vigor y la fuerza creadora de que se sentía animada, mi corazón ha desfallecido bajo el frío del desengaño, y mis manos, heladas y sin fuerzas, no han podido sostener los pinceles. Al artista le son precisos la esperanza y el amor, como a las plantas los rayos vivificantes del sol, como al corazón la fe, como al cuerpo el aliento de la vida. El amor y la esperanza despiertan la inspiración, inflaman el entendimiento y dan a las obras de los artistas y de los poetas esa fuerza de colorido que sorprende, esas tintas delicadas que cautivan, esos toques precisos que revelan el genio, ese dulce sentimiento que conmueve. Un artista sin esperanza y sin amor, es una flor sin brillo y sin aroma; una fuente a quien han privado del agua fecundante y bullidora; un ave a quien han cortado las alas...

Y Leopoldo quedó abatido, como si aquellas palabras hubieran renovado su sentimiento.

—Pero a ti te aman, hijo mío; Clotilde, lejos de faltar a las dulces promesas de su amor, te ha dado irrecusables y nuevas pruebas de su acendrado cariño. En tu dedo estoy viendo brillar el reciente juramento de ser tuya hasta la muerte. ¿No me dijiste ayer, al recibir de su mano ese regalo, que en esa sortija en que están graciosamente mezclados el rubí, el diamante, la turquesa, la esmeralda y el co-

ral, te dice que te adora, que se unirá a ti, y que será fiel esposa?

—Sí, madre mía, sí—exclamó el joven, llevando el anillo al corazón.

—¿No vino a verte cuidadosa de tu salud, temiendo que en los dos meses que habías estado sin verla por obsequiar el deseo de su protector te hubieses visto atacado del terrible tifo que diezma la población?

—¡Es verdad!

—Entonces, ¿a qué ese dolor que te mata y me entristece?... ¿A qué esa profunda melancolía que nubla tu semblante y que desgarrá mi amante corazón?... ¿No eres dueño tú solo de su amor?

—Sí, es cierto; soy dueño de su amor.

—¿Qué falta, pues, a tu tranquilidad?...

—¡La esperanza!—exclamó Leopoldo con profunda amargura.

—¿La esperanza?

—Sí, madre mía... ¡La esperanza!... ¿Qué es el amor sin esperanza?... El tormento del desgraciado náufrago que lucha en la orilla contra las escarpadas rocas que le impiden llegar al puerto que tiene a la vista, y que le brinda una felicidad sin término; la horrible pena de Tántalo, condenado a los tormentos de la sed con el agua tocando los labios...

—Tal vez no sea el mal tan irremediable como te lo figuras.

—¿No le he dicho a usted, madre mía, que está dispuesto su casamiento con Duval para dentro de pocos meses?

—Sí, me dijiste que ella misma vino a comunicarte esa noticia, pero al mismo tiempo te aseguró que no se verificaría ese matrimonio.

—No, no se verificará—exclamó el joven con solemne acento, dejando su actitud melancólica, y levantándose de la silla con ademán resuelto—; yo me opondré con toda la energía de mi alma a esa unión que destruiría los más bellos ensueños de mi vida... ¡Duval!...—añadió, dirigiendo la vista sobre la tarjeta de desafío que estaba sobre la mesa—, tú pretendes quitarme el único tesoro que Dios me destinaba sobre la tierra; pero yo te quitaré antes la...

Y se detuvo por no alarmar con sus palabras el sensible pecho de la amorosa anciana que le escuchaba.

—Cálmate, hijo mío; el abatimiento de antes, lo mismo que el furor de ahora, es un defecto; el hombre debe revestirse de la energía necesaria para no dejarse vencer por el dolor, ni dejarse dominar por la ira. ¿Por qué desconfías?

¿No cuentas con su amor?... El corazón de la mujer no cambia como los vientos de los mares, ni tuerce, como ligeros arroyos, su curso al menor obstáculo que encuentra a su paso; es, sí, como la aguja náutica, que, a pesar de las borrascas que combaten el bajel, jamás cambia de rumbo, y constantemente está mirando al Norte.

—No, no seré yo, madre mía, quien cometa la injusticia de acusar de mudable al sexo encantador, en donde están vinculadas todas las virtudes; no pertenezco al número de esos hombres superficiales, henchidos de necia vanidad, que sin más fundamento que el de su ligereza para juzgar, se complacen en denigrar a la mujer, sin advertir que en la horrible calificación que hacen de ella, va envuelta la honra de sus hijas, el buen nombre de sus hermanas, y el honor del sér a quien deben la vida.

—¡Bien, Leopoldo, muy bien!

—Yo creo que la mujer que le dice una vez a un hombre «te amo», le ama con todas las veras del alma; que desde aquel instante reconcentra sus ideas, para sólo pensar en el agradable objeto de su amor.

—Entonces no debes temer ningún cambio de parte de Clotilde.

—No temo ninguno. Creo en su fidelidad como creo en el sol que nos ilumina; pero no ignora usted, madre mía, que existe un obstáculo que se opone a la realización de mi deseo.

—Pero ese obstáculo se vencerá al fin, hijo mío.

—Sí, si existiese el mendigo que prometió revelarme el horrible misterio que se encierra en la injusta acusación con que se atrevieron a vulnerar la honra de mi buen padre.

—Y ¿quién te ha asegurado que ha muerto y no vendrá a devolver su lustre a una calumniada familia?

—¿Quién? La voz general esparcida al siguiente día de haber sido herido en San Angel, y el no haberse presentado aquí después de haberme ofrecido visitarme al tercer día.

—No habrá podido verificarlo... Tal vez está enfermo...

—En ese caso me hubiera enviado algún recado... No, no; estoy seguro de que ha muerto, llevándose consigo este secreto al sepulcro.

—Y aun cuando así sea, ¿por qué no esperar que Dios se valga de otros medios para destruir esa infamante calumnia?

—Hace mucho tiempo que usted y yo esperamos, madre mía.

—La virtud padece, pero al cabo triunfa de sus enemigos.

—Triunfa, es cierto; pero muchas veces demasiado tarde.

Si Clotilde se une al hombre que me disputa su mano antes que haga ver la inocencia de mi padre, nuestro nombre quedará limpio cuando resplandezca la verdad; pero mi corazón estará ya herido a muerte.

—¡No hables de morir, Leopoldo! ¡No hables de morir!... —exclamó la anciana con afligido acento—. ¿Quién, si tú mueres, cuidará de esta pobre mujer, que no tiene en el mundo otro amparo que el tuyo?... ¿Qué sería de mí si tú me faltases?... ¡La miseria, el dolor, la tristeza, acabarían conmigo!... ¡No, no hables de muerte, cuando me es tan necesaria tu vida!...

—¡Mi vida!...

Y el joven artista llevó maquinalmente los ojos a la tarjeta que estaba sobre la mesa, y se estremeció.

—Sí; ¿crees tú que podría sobrevivirte?... Mi voz te llamaría por todas partes, mis ojos te buscarían a todas horas, y al no verte, al no escuchar que respondías a mi maternal acento, no podría resistir a tu abandono, y me moriría de pesar...

—¡Madre mía..., madre mía!... —pronunció Leopoldo, acordándose del duelo a que tenía que asistir dentro de pocas horas, y temiendo dejar abandonada a aquella infeliz mujer, que estaba muy lejos de sospechar el peligro que le amenazaba.

—¿Qué tienes, Leopoldo?... —dijo la anciana al verle demudado—. Te has puesto pálido como la muerte... ¿Me ocultas algún pesar?...

—No, madre mía—contestó el artista, tratando de serenarse—; ningún pesar me aflige, sino el temor de perder a Clotilde.

—Y, sin embargo, tu acento tiene algo que me hiela la sangre... ¡Ah!... ¡Tú me callas algo que no te atreves a confiarme!... Sí, Leopoldo, tu mirada vaga..., esa palidez mortal que baña tu semblante..., la conmoción que te agita..., tus lágrimas, que en vano tratas de contener..., todo, todo me anuncia que reservas grandes padecimientos, que no te atreves a comunicar a tu desgraciada madre... Y ¿por qué esa crueldad conmigo, que te amo más que a mi vida?... ¿No me crees ya digna de ser la depositaria de tus penas?... ¿Qué te he hecho yo, hijo mío, para que me retires tu confianza?... ¿Te he ofendido en algo? ¡Ah!... Dímelo, dímelo, Leopoldo para que te pida perdón de rodillas, de mi falta...

Leopoldo estaba profundamente conmovido. La aflicción de su cariñosa madre excitó vivamente su sensibilidad, y

respondió con voz ahogada por la emoción de que estaba poseído:

—¡Usted, perdón!... ¡Usted, la más buena de las madres, la más cariñosa!...

Y le estrechó la mano con una expresión de ternura indescriptible.

—Sí, lo soy—exclamó la anciana, enternecida por aquella manifestación de amor filial, tan grata al corazón de una madre—; y, por lo mismo, temo disgustarte; muchas veces el exceso de cariño suele volvernlos impertinentes.

—Nunca es impertinente el amor de una madre para un hijo bueno y amoroso; los hijos somos los impertinentes y los ingratos; nosotros, que, en premio a los cuidados que nos han prodigado desde la cuna, les hacemos verter lágrimas a todas horas, y hablamos de muerte y de desgracias, sin ver que les desgarramos el corazón.

—No; tú no eres ni has sido nunca ingrato conmigo, Leopoldo. ¿No has sido tú quien, desde la muerte de tu calumniado padre, has trabajado con una asiduidad sin ejemplo, porque nada faltase a esta pobre anciana? ¿No has sido quien me ha proporcionado todas las comodidades que hacen agradable la vida?...

—Y, sin embargo, no correspondo dignamente al acendrado cariño que usted me consagra. Usted no ama en el mundo más que a mí, ni piensa más que en mí, madre mía, mientras yo robo a usted parte de mi amor para dárselo a otra mujer hermosa, en quien está fijo a todas horas mi pensamiento.

—Y ¿crees que yo te culpo por eso?... No, hijo mío; el amor filial no es compatible con el amor de amante; los dos pueden existir en el corazón con armónico enlace, en agradable consorcio. Una madre ama todo lo que juzga que puede hacer la felicidad de su hijo; y yo, que veo en Clotilde el conjunto de todas las perfecciones; yo que la amo, porque es el objeto de tus ardientes aspiraciones; yo que estoy persuadida de que sus virtudes labrarán la felicidad de tu vida, lejos de sentir que la dediques el más vehemente y puro de los cariños, lo aplaudo con todas las veras de mi alma.

—¡Cuán buena es usted, madre mía!—dijo Leopoldo, estrechando agradecido la mano de la anciana.

—Por eso me aflige, me comprime el corazón, me tiene inquieta la profunda tristeza que noto desde ayer en tu semblante.

—¡Cómo han de animar mi fisonomía las agradables tin-

tas de la alegría, cuando está desgarrado mi corazón por el temor de perderla!

—Comprendo ese temor; comprendo los sufrimientos de un alma que teme ver destruídas las bellas ilusiones que formaban el encanto de su existencia; pero ese temor no te ha abandonado un solo instante desde que alcanzaste la grata correspondencia de ese ángel de virtud y de hermosura, y sin embargo, nunca te has dejado abatir hasta el extremo en que hoy, por desgracia, te miro.

—¡Es que nunca miré tan próximo el término de mi esperanza, madre mía!

—¿Y no harás un esfuerzo para sobreponerte a la desgracia?... Sí; tú lo harás, hijo mío; tú lo harás, porque yo te lo ruego, porque yo lo necesito para no morir de pena, y tú no puedes querer la muerte de tu madre.

—¡No, no!... ¡La vida de usted sobre todo!—exclamó arrebatado de amor filial el joven artista.

—¡Si vieras cuántas veces desde que sé que tienes un rival poderoso, me he sentido asaltada por una idea espantosa que ha venido a robarme la tranquilidad!

—¡Una idea espantosa!—dijo inquieto Leopoldo—. Y ¿cuál? —Pero siempre la he rechazado de mí como imposible y absurda.

—Y ¿qué idea ha sido esa, madre mía?

—¿Quieres que te la diga?

—Lo deseo.

—Pues bien; la de un desafío entre Duval y tú.

Leopoldo se inmutó y quedó perplejo.

—Sí; la de un desafío—continuó la anciana con voz trémula, como si el sonido de sus mismas palabras la estremeciese—; un duelo a muerte.

—Pero...

—Un sangriento duelo, donde yo te veía caer sin vida bajo el furibundo golpe de la espada de Duval.

Leopoldo se estremeció.

—Pero tú no te batirás nunca—siguió diciendo la afligida madre—; tú no te batirás, aunque te veas provocado por él, ¿no es verdad?

—¡Yo!...

—Júramelo, júrame, hijo mío, que nunca expondrás tu vida a un lance que reprueba la humanidad y la religión.

—Deseche usted, madre mía, esas alarmantes ideas—dijo Leopoldo, tratando de esquivar una promesa que no estaba dispuesto a cumplir—. ¿A qué dar importancia a un pensamiento, sólo porque es contrario a nuestra tranquili-

dad?... Vamos; deje usted esos temores, que jamás debieran asaltarla, y tenga usted la bondad de mandar que me dispongan el almuerzo, porque me siento ya con apetito.

—¿De veras?—preguntó la anciana muy contenta de ver a Leopoldo tomar un aire jovial.

—Sí—contestó el artista, fingiendo, para disimular, una alegría que estaba muy lejos de sentir—; he pensado que es mejor dar alimento al estómago, que penas al corazón.

—¡Ah!... Esa resolución me devuelve la vida.

—Sí; vaya usted, madre mía, vaya usted; y, entretanto, voy a dar algunos toques a este retrato.

Y Leopoldo cogió la paleta y los pinceles, y se puso delante del caballete en ademán de pintar.

—Hasta luego, hijo mío.

—Hasta luego, querida madre.

La anciana dirigió una mirada tierna a su hijo y se fue llena de placer, por el cambio que creía operado en el corazón de Leopoldo.

Este, al verse solo, arrojó de sí la paleta y los pinceles; quedó un momento con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho en actitud meditabunda; exhaló un suspiro, y se dejó caer sobre la silla que poco antes había ocupado al lado de la mesa.

—¡Soy un mal hijo!—exclamó luego con acento severo—. Un mal hijo, que no teme exponer la vida que debiera conservar, la de la amorosa mujer que no tiene en el mundo más apoyo que el mío... ¡Mi muerte causará la suya!... ¡Si triunfo, me veré precisado a abandonarla para huir con el remordimiento de haber matado a un hombre, y salvarme de la justicia!... ¡Oh! ¡Qué horrible situación!... Y, sin embargo, yo no puedo prescindir de acudir a ese funesto duelo, donde, vencedor o vencido, causaré la desdicha de mi pobre madre!... Conozco que el desafío es un crimen, una costumbre bárbara, indigna de nuestro siglo, heredada de los tiempos de la Edad Media; un asesinato muchas veces premeditado, en que el hombre, confiando en la destreza de las armas, adquirida acaso con intención criminal, provoca a su rival para matarle impunemente; un acto contrario a las máximas de nuestra augusta religión... Sí; todo esto lo conozco; pero todo lo arrostró antes que ninguno pueda atribuir a cobardía mi falta de asistencia. ¡Perdóname, madre mía, este tributo que pago a las preocupaciones de la sociedad!

Y Leopoldo, abrumado con el peso de sus reflexiones, colocó el codo sobre la mesa, y apoyó su sien sobre el dorso

de la mano, permaneciendo largo rato en esta actitud meditabunda.

De repente oyó que llamaban a la puerta que daba al corredor, y levantó la cabeza, pero sin despegar los labios.

Los golpes volvieron a sonar.

El artista, sin moverse de su asiento, respondió:

—Adelante aquel que sea.

Entonces se abrió un poco la puerta, y asomando apenas algo de su rostro un hombre por ella, exclamó:

—De vestir tuvo la idea
a un Adán un buen vestido;
si no se halla arrepentido,
adelante aquel que sea.

Al oír estas palabras el joven pintor, se levantó de su asiento como tocado por un resorte mágico, y corrió a abrir la puerta.

—¡El mendigo!—exclamó transportado de gozo, abrazando al hombre que se presentó a sus ojos.

—¡Don Leopoldo!—dijo a su vez el que había llamado, dejando ver en su sencillo rostro pintados el contento y el placer.

Un hombre bien vestido que había venido siguiendo al pordiosero, a quien por casualidad encontró en la calle, exclamó, al verle entrar en el estudio del pintor:

—No me cabe duda; es el limosnero que se fingió borracho en San Angel, la noche en que tropecé con él; el mismo que después escaló la azotea, a quien luego herí, y lo creía ya muerto. El se sorprendió la noche aquella al verme... ¡Ah! Es preciso que yo averigüe la verdad... Tal vez le conduce a este sitio algún misterio.

Y se detuvo detrás de la puerta, para ver si podía enterarse de lo que dentro hablaban.

CAPITULO XVI

Una prueba de esgrima

No habrá extrañado al lector que Leopoldo recibiese con un abrazo al triste pordiosero, cuando esperaba ver deshecha por él la niebla de la calumnia que por tanto tiempo había empañado la honra de su desgraciado padre, y destruído